

Los perros del paraíso: la ilusión edénica de Cristóbal Colón



Giorgio Serra

La novela titulada *Los perros del paraíso*, del argentino Abel Posse, presenta el descubrimiento del Nuevo Mundo como la búsqueda personal, por parte de Colón, del Paraíso Terrenal. Partiendo de la relaciones de los cuatro viajes (especialmente la del tercero, en la que se localiza el Paraíso) Posse modifica la actitud del navegante hacia el mítico lugar, y hasta ofrece una imagen alternativa del famoso almirante.

La idea del Paraíso

Cristóbal Colón cree –y no ha de sorprender– en la existencia del Paraíso Terrenal; de hecho está convencido de haberlo localizado. Si la identificación del Nuevo Mundo con Asia era una idea muy presente ya desde el principio de su hazaña, no se puede decir lo mismo acerca del Paraíso.

Mientras surca las aguas del golfo de Paria al almirante se le ocurre reconocer los alrededores del Edén. El clima, tras haber cruzado una zona especialmente calurosa, resulta ahora muy suave; la vegetación es verde y abundante; los habitantes tienen la piel clara; hay agua dulce que penetra en alta mar, señal de procedencia de la fuente del Paraíso Terrenal, origen de los cuatro ríos principales del mundo. Éstas son las principales observaciones que llevan Colón a su afirmación, y pronto intenta corroborarla citando la Biblia y a varios filósofos antiguos. La convicción de que aquello es el Paraíso es tan grande que contradice la cosmografía de Ptolomeo, la cual representa la Tierra esférica:

Agora vi tanta disformidad como ya dixen; y por esto me puse a tener esto del mundo, y fallé que no era redondo en la forma qu'escriven, salvo que es de la forma de una pera que sea toda muy redonda, salvo allí donde tiene el peçón que allí tiene más alto, o como quien tiene una pelota muy redonda y en un lugar d'ella fuesse como una teta de muger allí puesta, y qu'esta parte d'este peçón sea la más alta e más propinca al cielo, y sea debaxo de la línea equinoçial, y en esta mar Ocçéana, y en fin del Oriente, llamo yo fin de Oriente adonde acaba toda la tierra e islas.¹

Abel Posse ve esta representación colombina como un preludeo al surrealismo de las letras hispanoamericanas. Se trata efectivamente de una imagen de gran efecto que Posse, como se comprobará, será capaz de profundizar en su novela.² El escritor argentino acentúa la fuerza mesiánica de Colón, ya que parece dar por sentado el hecho de que el gran navegante saliera con el claro objetivo de volver a la “patria de Adán”. Eso es lo que pasa en *Los perros del paraíso*, pero el personaje histórico es más controvertido. En efecto, en el *Diario del primer viaje*, Colón pretende ser un descendiente del profeta Isaías, quién, según afirman las escrituras, estaría destinado a encontrar la manera de volver al Edén. Asimismo cabe destacar como entre sus lecturas más relevantes aparece la *Imago mundi*, del abate Pierre d'Ailly, en la que se ofrece la descripción y supuesta localización del Paraíso Terrenal. Colón plantea por primera vez el tema de la colocación de éste último al regresar de la primera expedición:

según una vaga conclusión del genovés, el Paraíso estaría en algún lugar de clima templado «en el fin de Oriente».³ En 1498, cuando cree haberlo alcanzado, inunda las relaciones de explicaciones obsesivas a su afirmación, pero enseguida expresa dudas acerca de la posibilidad de acceder al anhelado jardín:

Ya dixere lo que yo hallava d'este hemisferio y de la hechura, y creo que si yo passara por debaxo de la línea equinoçial, que en llegando allí en esto más alto, que fallara muy mayor temperança y diversidad en las estrellas y en las aguas, no porque yo crea que allí, adonde es el altura del extremo, sea navegable, ni <a> agua, ni que se pueda subir allá; porque creo que allí es el Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina.⁴

¿Qué ha sido de la condición de elegido para ingresar a la patria primigenia del hombre? La actitud de Colón no parece tan distinta de la de un hombre común, de profunda devoción, pero no un mesías destinado a cumplir tal empresa, a pesar de lo afirmado sobre la descendencia del profeta. Hacia el final de la relación del tercer viaje hay más afirmaciones contradictorias. Auspicia que las tierras con las que acaba de dar sean evangelizadas y explotadas, en todo provecho del imperio español. Afirmaciones de este tipo, si realmente se refieren a los parajes del Paraíso, poco o nada tienen que ver con la sacralidad de lo que cree haber descubierto. Todo esto demuestra como las ideas de Colón acerca del Paraíso (y no sólo) fueran equívocas y controvertidas. Pero Abel Posse, al hablar del personaje histórico, se muestra convencido de que el almirante buscara justo el Edén, y que se sintiera explícitamente autorizado al acceso. Además presenta un Colón tan visionario como el protagonista de *Los perros del paraíso*.⁵ Quizá el personaje ficcionalizado haya terminado por afectar su visión de la historia.

¿Un Colón delirante y visionario?

Poner en duda la legitimidad de la historia oficial quizás sea el primer rasgo de la nueva novela histórica, y *Los perros del paraíso* presenta una imagen de Cristóbal Colón muy distinta de la del personaje conocido por la historia. Los primeros años de la vida del genovés son nebulosos, pero Posse los relata con mucha claridad destacando su condición de elegido: sería un cura quien le pasaría, ahí en Génova, la vocación del Paraíso. Ya desde el comienzo de la novela, por tanto, se moldea la caracterización del protagonista en lo que va a ser la finalidad de su vida, más bien que en la “verdad histórica”.

La búsqueda del Cathay, una nueva ruta comercial para España, o una nueva patria para los judíos expulsados no son sino las razones oficiales y públicas de la empresa colombina. Él, aunque al principio no se lo confie a nadie, lleva toda su vida conociendo el objetivo de su viaje.

Como otras veces, se sintió distante de los motivos simples –apenas imperiales, salvacionistas o comerciales– con que otros impulsaban la empresa de Indias, fuesen reyes, gerentes o judíos amenazados de hoguera. Su soledad era grande. A nadie podía comunicar su secretísima –inefable– misión: buscar la apertura oceánica que permitiría el paso del iniciado a la inalcanzada –¡perdida!– dimensión del Paraíso Terrenal.⁶

Se trata de un pasaje muy representativo al respecto, ya que explicita en que medida el deseo de regresar al Paraíso esté radicado en la mente del protagonista. El tiempo y el espacio son vistos por él como un castigo impuesto a los hombres después del pecado original. La búsqueda del Paraíso adquiere un sentido metafísico: Colón quiere pasar de la realidad a la

transrealidad, y del tiempo humano (que inevitablemente lleva a la muerte) a la eternidad. El Edén se sitúa fuera del tiempo y del espacio conocido por los hombres comunes.

El gran día llega el 4 de Agosto 1498, al descubrir el almirante lo que cree ser el anhelado monte. La naturaleza se ofrece en todo su esplendor de clima dulcísimo, vegetación lujuriente, indígenas de cuerpos perfectos. Colón observa los hombres de su tripulación que van perdiendo los signos del pecado y tienden a sonreír, como purificados y beatificados por el aire del Paraíso.

El momento culminante de su búsqueda coincide con el hallazgo del supuesto Árbol de la Vida.

Por fin en el faldeo de una colina suave dieron con un claro donde prevalecían un mistol ancho y una gigantesca, imponente, ceiba. [...] Era el Árbol. El almirante dio una vuelta en torno al tronco y luego ordenó se acampase. Hizo colgar la hamaca de las ramas bajas. [...] El almirante descansaba no de un penoso viaje sino de la fatiga de siglos de moribundia. Se durmió profundamente. Había retornado. Pero mucho más allá del seno de Susana Fontanarrosa. El Paraíso era el fin de la entropía, de la degradación, de un tiempo de humillante ser para la muerte.⁷

A partir de este momento Colón se aísla cada vez más de sus compañeros y del mundo en general. Le parece que los días se vuelven más largos; siente que la misma dimensión del tiempo, la condición de vejez o muerte pierden sentido o incluso cesan de existir. De hecho el almirante experimenta el retorno a la condición que precede al pecado, la muerte y el sufrimiento típicos de la realidad humana. Se produce en él la plenitud de lo inespacial y atemporal.⁸ Los indios, que lo miran desde el exterior, lo ven como un delirante que no necesita drogas para enajenarse de la realidad.

En su aislamiento psicológico Colón no se da cuenta de la conspiración organizada por los colonos, no satisfechos de la vida contemplativa que él había propugnado. Ellos, como se observará más adelante, prefieren poseer con la violencia y sacar más provecho de lo necesario explotando a los indígenas. Como justamente destaca Giuseppe Bellini, Abel Posse rescata la figura del almirante: «Reconociendo la trascendencia del Descubrimiento, Posse exime a su autor de toda culpa en el mal de América e implícitamente enaltece su figura».⁹ Así que el Colón de *Los perros del paraíso* termina siendo víctima inocente de la empresa de conquista, en vez que iniciador de la misma.

El regreso a la dura realidad tiene lugar cuando el almirante, ya en cadenas, es llevado, a través de la ciudad colonial, al barco que lo va a devolver a España:

En aquel humillante recorrido comprendió que sus congéneres civilizados nada tenían más que ser devueltos a la armonía primordial. Que estaban demoníacamente desviado al placer del dolor. [...] Era claro: después del breve sobresalto de las *Ordenanzas*, estaban de nuevo cómodos en la explotación, las difíciles alegrías y los esfuerzos de la decencia para imponerse entre tanta tentación de infamia.¹⁰

El Colón de *Los perros del paraíso* resulta más unívoco que el personaje histórico, porque está representado con una personalidad bien definida ya desde el principio de la narración. Queda así abolida la mayoría de los rasgos controvertidos de su vida, siendo todas sus acciones y pensamientos orientados a la consecución del Paraíso Terrenal. Esta mayor comprensibilidad del personaje, junto a su derrota final y al abundante uso de la ironía en la representación de su vida, permiten la anulación de la “distancia épica” de la historia. Según Fernando Ainsa es ésta la principal característica de la nueva novela histórica. *Los perros del paraíso*, con la obsesiva búsqueda del Edén, la actitud grotesca y la condición de víctima del

mal de los hombres, devuelve la imagen de un Colón ennoblecido en su más auténtica humanidad.¹¹

El Paraíso como escenario

La concepción edénica del Nuevo Mundo propuesta por el descubridor no está compartida por el mundo que le rodea. Y desde luego la novela cuestiona la existencia de una verdad absoluta, mediante la multiplicidad de los puntos de vista.¹² La visión de Colón sería la principal, pero no la única posible.

Existe, en primer lugar, la de los indígenas, quienes ya habían descubierto Europa pero habían renunciado a conquistarla, porque consideraban a los europeos hombres desdichados. En cambio los españoles quedaron tanto fascinados por las tierras maravillosas como ávidos de oro, perlas y de los cuerpos de las indias. Lo que los animaba era, como destaca Posse, «el deseo de un mundo donde vigiesen otras categorías y una topografía fantástica (un accesible más-allá con un código diferente del terrenal)».¹³ Colón toma a los indios por ángeles que van desnudos porque todavía no conocen el pecado. Los indígenas pronto descubrirían, y con trágicas consecuencias, que aquellos blancos aparentemente desdichados no eran dioses compasivos, sino seres muy cercanos a los temidos *tzitzimines*. Ellos, simbolizados por los perros que no ladran, son como guardianes incapaces de defender el Paraíso que custodian. Su falta de reacción efectiva está representada por la invasión silenciosa del asentamiento colonial, que termina sin haber conseguido nada.¹⁴

El estilo de vida que Colón intenta imponer, basado en el libre albedrío y en la armonía con la naturaleza y los hombres, no tiene éxito:

Después de dos semanas empezaron a sentir que sin el Mal las cosas carecían de sentido. Se les desteñía el mundo, las horas eran nadería. En realidad el tan elogiado Paraíso era un antimundo soso, demasiado desnudo, diurno –porque la noche ya no era la noche-. Andar desnudos y sin Mal era como presentarse de frac a la fiesta que ya acabó.¹⁵

Los colonos preferirán seguir el camino de la codicia y de la violencia. Se abre un prostíbulo, se inician empresas comerciales, los indios son explotados como esclavos. Por fin Roldán, un soldado de Bartolomé Colón, logra imponerse como jefe del primer golpe en el Nuevo Mundo. La Iglesia declara que los indígenas no son ángeles sino salvajes primitivos, no muy distintos de los animales, y por tanto indignos de respeto. Al fin y al cabo también para ellos América es un paraíso, aunque en un sentido bien diferente del de Colón. Su concepción del Paraíso se basa en la oportunidad de sacar provecho y placeres materiales de las nuevas tierras.

Asimismo se encauza la destrucción de la cultura pagana de los indígenas, que va a ser reemplazada por el monoteísmo católico. La idea de que pueda haber un único verdadero Dios es de origen judío y supone la negación de religiones distintas.¹⁶ Tampoco Colón está exento de este riesgo. Con un genial anacronismo, Abel Posse adelanta las ideas sobre la muerte de Dios y el nacimiento del superhombre, elaborada por Nietzsche a finales del siglo XIX. El lansquenete Ulrich Nietzsche, aún reconociendo el Paraíso Terrenal en el Nuevo Mundo, cree que el dueño del mítico jardín ha muerto, y por tanto ya no tiene sentido seguir sus preceptos. Mejor sería una vida sin disciplina ni fe en entidades superiores y ordenadoras, tomando como ejemplo a los indios desnudos. Se critica así el integrismo religioso, incluyendo el de la España católica. Colón espera con paciencia a que el Señor vuelva a su residencia; Nietzsche, al

mirar algunas ruinas indígenas, se convence de que no haya ningún Dios al que esperar. Paradojicamente las dos visiones aceptan la vida libre y contemplativa que se intenta llevar. Otro punto de vista es el de Bartolomé de las Casas. Al contrario de Nietz, el dominico reconoce la existencia de Dios en los signos que denotan su ausencia. De este modo, las mismas ruinas observadas por el lansquenete, para las Casas serían señal segura de la furia divina.

La perspectiva de los reyes católicos, con respecto a la identificación del Paraíso, es análoga a la de los colonos. Si, de un lado, quieren averiguar si las nuevas tierras son realmente el Edén, por otra parte les espanta que, en caso positivo, tengan que abandonar todo bien material y proyecto de explotación.

Pero si es cierto lo que nos comunica, todo el orden del mundo cambiará, desde ya Roma no podrá seguir siendo sede del Vaticano, sólo tendrá sentido la mística, nadie tendrá derecho a seguir privilegiando la banalidad de las cosas terrenales...
[...] ¿Que significa hoy el lugar donde *estuvo* el Paraíso Terrenal? ¿Podría el hombre entrar en él, labrar sus tierras y explotar sus riquezas?¹⁷

En realidad estas cuestiones atormentan a Fernando, quién, preocupado, las comenta con el padre Talavera. Isabel comparte la interpretación paradisiaca del Nuevo Mundo, transmitida por el almirante.

Fernando Ainsa subraya el recurso al anacronismo para destacar los efectos de los hechos presentes en el futuro. Abel Posse utiliza con mucha frecuencia esta estrategia.¹⁸ En lo que se refiere a la caracterización del supuesto Edén, es muy interesante el acontecimiento siguiente, que se produce mientras las carabelas cruzan el mar de los Caribes:

Son varios ya los que dicen haber visto extrañas naves iluminadas, como Pérez de Cádiz. [...] Son grandes barcos sin velamen que transportan gran cantidad de humanos y de cosas. [...] Una de ellas, la *Rex*, pasó dejando un velo de música feliz. Era al atardecer y se vio nítidamente, junto a una especie de alberca con sombrillas de colores vivos, a varios jóvenes con sombrero de paja, ranchos y chaquetas blancas, de hilo. Ellas con deliciosas capelinas con cintas de floritas. Aperitivos con rodajas de limón y pajitas. Música sincopada.¹⁹

Se adelanta una imágen contemporánea de las tierras descubiertas por Colón: la del paraíso del turismo. Quinientos años después, los mares y tierras encantadoras se doblegarían a la lógica consumista, para el disfrute de la gente y la codicia de los ricos. Una concepción similar del Paraíso Terrenal poco tiene en común con la mística de Colón, y sin embargo resulta hoy perfectamente normal. Se trata de un anacronismo de fuerte carga profética.

Abel Posse no se limita a releer la historia de la empresa colombina e intenta sacar a la luz como ésta haya influido profundamente en la época presente. También éste es un rasgo muy presente en la nueva novela histórica: la visión crítica del pasado permite remontar al nacimiento de la conciencia nacional, aunque haga falta destacar hechos negativos.²⁰

La visión de Paraíso como tierra de saqueo, de la que ya se ha hablado, se concreta en la creación de las empresas multinacionales, que operan la violación del lugar sagrado. Posse denuncia así un despojo que continúa aún hoy, a veces enmascarado por proyectos civilizadores, pero siempre dirigido por el culto al dios Dinero.²¹

Los representantes financieros y los hombres de empresa pudieron impulsar el espíritu de creación nublado por la delicia paradisiaca y el consecuente dejarse estar. [...] Los estudios de *marketing* fueron minuciosos. [...] Hasta hubo una industria del paseo

colectivo (el pirata Cook desplazaría a los iberos también en este negocio). Los dioses, huacas y pirámides se transformaron en piezas de museo o en sitios de excursión.²²

La interpretación edénica del Nuevo Mundo, propuesta por Cristóbal Colón, desencadena una serie de concepciones distintas del mismo. La connotación paradisiaca de América es relativa a la idea que cada uno tiene del lugar bíblico, a como la realidad se ofrece a los recién llegados, y a los intereses concretos.

Notas

- ¹ C. Colón; *Los cuatro viajes. Testamento*; Edición de Consuelo Varela; Alianza Editorial; Madrid 2000, p. 235.
- ² Cfr. A. Posse; «El descomunal viaje del descubrimiento de América (y de Europa)»; en F. Sánchez Dragó; *Finisterre. Sobre viajes, travesías, navegaciones y naufragios*; Editorial Planeta; Barcelona 1984, p. 128.
- ³ C. Colón; op. cit., pp. 190-191.
- ⁴ *Ibid.*, p. 238.
- ⁵ Cfr. A. Posse; «El aventurero Cristóbal Colón»; en *La Página*; 21-22; VII: ¾; 1996.
- ⁶ A. Posse; *Los perros del paraíso*; Random House Mondadori; Barcelona 2003, p. 152.
- ⁷ *Ibid.*, pp. 254-255.
- ⁸ Cfr. M. I. Almazan, E. G. Ranucci; «Los perros del paraíso, de Abel Posse: una ruptura flagrante del orden espacio-temporal establecido»; en VV. AA.; *Literatura como intertextualidad*; Editorial Vinciguerra; Buenos Aires 1993, p. 323-326.
- ⁹ G. Bellini; «El Colón de Abel Posse»; en J. G. Gómez, B. Gutierrez-Girardot, R. Zuleta; *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutierrez Girardot*; Vervuert Verlag; Frankfurt am Main 1993, p. 131.
- ¹⁰ A. Posse; *Los perros del paraíso*; cit., pp. 298-299.
- ¹¹ Cfr. F. Ainsa; «Tendenze e paradigmi della nuova narrativa latinoamericana (1970-1992): La riscrittura della storia»; en VV. AA.; *Storia della civiltà letteraria ispanoamericana*; dirigida por D. Puccini y S. Yurkievich; vol. II; UTET; Torino 2000, pp. 687-688.
- ¹² Cfr. J. O. Alvarez; «Los perros del paraíso y la nueva novela histórica»; en *Antología virtual de crítica literaria*; www.literart.com.
- ¹³ A. Posse; «El descomunal viaje del descubrimiento de América (y de Europa)»; cit., p. 127.
- ¹⁴ Cfr. G. Bellini; op. cit., p. 132.
- ¹⁵ A. Posse; *Los perros del paraíso*; cit., p. 259.
- ¹⁶ Cfr. A. Posse; «El aventurero Cristóbal Colón»; cit., p. 21.
- ¹⁷ A. Posse; *Los perros del paraíso*; cit., pp. 234-235.
- ¹⁸ Cfr. F. Ainsa; op. cit., p. 683.
- ¹⁹ A. Posse; *Los perros del paraíso*; cit., pp. 208-209.
- ²⁰ Cfr. F. Ainsa; op. cit., p. 680.
- ²¹ Cfr. J. O. Alvarez; op. cit.
- ²² A. Posse; *Los perros de paraíso*; cit., pp. 272-277.

Bibliografía básica

Colón, Cristóbal; *Los cuatro viajes. Testamento*; edición de Consuelo Varela; Alianza Editorial; Madrid 2000.

Posse, Abel; *Los perros del paraíso*; Random House Mondadori; Barcelona 2003.

Bibliografía complementaria

Ainsa, Fernando; «Tendenze e paradigmi della nuova narrativa latinoamericana (1970-1992): La riscrittura della storia»; en VV. AA.; *Storia della civiltà letteraria ispanoamericana*; dirigida por Dario Puccini y Saúl Yurkievich; vol. II; UTET; Torino 2000; pp. 678-689.

Almazan, María Ines; Ranucci, Edgardo Gabriel; «*Los perros del paraíso* de Abel Posse: una ruptura flagrante del orden espacio-temporal establecido»; en VV. AA.; *Literatura como intertextualidad*; Editorial Vinciguerra; Buenos Aires 1993; pp. 311-328.

Alvarez, José O.; «Los perros del paraíso y la nueva novela histórica»; en *Antología virtual de crítica literaria*; www.literart.com.

Bellini, Giuseppe; «El Colón de Abel Posse»; en Juan Guillermo Gómez, B. Gutierrez-Girardot, R. Zuleta; *Caminos hacia la modernidad. Homenaje a Rafael Gutierrez Girardot*; Vervuert Verlag; Frankfurt am Main 1993; pp. 125-132.

Posse, Abel; «El descomunal viaje del descubrimiento de América (y de Europa)»; en Fernando Sánchez Dragó; *Finisterre. Sobre viajes, travesías, navegaciones y naufragios*; Editorial Planeta; Barcelona 1984; pp. 115-129.

— «El aventurero Cristóbal Colón»; en *La Página*; 21-22; VII: ¾; 1996; pp. 16-22.